

Somos Vicencianos

Una web de formación e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

La Ascensión del Señor (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

Rosalino Dizon Reyes

Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo (Jn. 20, 21)



Los Once, según san Marcos, van y proclaman el Evangelio por todas partes tan pronto como ha ascendido Jesús. Es decir, la **ascensión** del Señor señala el comienzo de la misión de los discípulos.

Jesús resucitado nos asigna una misión. Por eso, no podemos escondernos, por tener mucho medio, en una casa con las puertas cerradas. La misión no deja que nuestra prioridad sea la seguridad personal ni permite que nos quedemos en nuestra zona de comodidad. Debido a esta misión, no podemos retirarnos en un castillo o encerrarnos en una torre de marfil. Si permanecemos en nuestro centro y gozamos del lujo de un retiro o de un **cónclave**, es solamente para que estemos listos para la misión, para que vayamos luego, como lo expresa san Vicente de Paúl, a «hacer partícipes a los hombres de este alimento espiritual» que se nos ofrece en la oración, en la lectura y en el retiro (XI, 734). Sí una vez preparados y habilitados, por del Espíritu Santo, iremos al mundo entero y anunciaremos el Evangelio a toda la **creación** y seremos testigos de Jesús.

Pues ya que está sentado a la derecha del **Dios**, Jesús no tiene ahora cuerpo—por citar un poema que se le atribuye a santa Teresa de Ávila—sino el nuestro, no tiene manos sino las nuestras, no tiene pies sino los nuestros, y que nuestros son los ojos con los que la compasión del Ascendido mira al mundo, nuestros los pies con los que él camina para ir haciendo el bien, y nuestras las manos con las que ahora él bendice a los hombres. Nos toca alabar a Jesús, cantándole las letras de «Sacerdote para siempre quiero ser», en particular las que dicen: «Mi vida, como santo relicario,/Tu presencia a los hombres llevará,/Y en mis manos, tus manos los bendecirá,/Y en mí, tu corazón los amará». Así cantaremos, pero no sólo con nuestra lengua y nuestra voz, sino también con nuestro interior, nuestra vida y nuestras acciones.

Así que no nos basta con seguir preguntando solamente cuándo se establecerá plenamente el reino de **Dios** ni con estar ahí plantados mirando fijamente al **cielo**. A imitación de Jesús, proclamaremos nosotros mismos el reino: predicaremos el arrepentimiento y el perdón; seremos instrumentos de la sanación, la reconciliación, la liberación; procuraremos que la Iglesia sea realmente casa de oración para todos los pueblos y que en ella prevalezcan la paz y el bienestar del Monte Santo donde las serpientes se llevan bien con todos y no muerden, ni hay allí daño ni estrago (Mt. 4, 17. 23; 9, 35; Is. 11, 6-9; 56, 7). También miraremos fijamente a los que tienen necesidad de sanación, conversión o corrección y les daremos lo que tengamos, de modo que, fijando ellos a su vez la mirada en nosotros, logren reconocer a Jesús y maravillarse de su gran poder salvífico (Hech. 3, 4. 6. 12; 6, 15; 13, 9; 14, 9).

Los discípulos obreros somos en una gran mies, pero ojalá, de acuerdo con el deseo de san Vicente, trabajemos realmente (XI, 734). Que no nos contemos entre aquellos «que sólo piensan en divertirse y, con tal que haya de comer, nos se preocupan de nada más» y quienes «no viven más que en un pequeño círculo, que limitan su visión y sus proyectos a una pequeña circunferencia en la que se encierran como en un punto, sin querer salir de allí; y si les enseñan algo fuera de ella y se acercan para verla, enseñada se vuelven a su centro, lo mismo que los caracoles a su concha» (XI, 397).

De verdad, nuestra misión supone gran sacrificio. ¿Lo aceptamos realmente cuando, comiendo el pan y bebiendo de la copa, proclamamos la muerte del Señor hasta que él venga?)

Relacionado